

DEBATE

Palabras de filósofos

UNA ARQUEOLOGÍA EN TORNO A LO QUE COMUNICAN LOS SILENCIOS Y LO QUE CALLAN LAS PALABRAS EN LA FILOSOFÍA

María Pía Lara

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

Desde que Michel Foucault publicó sus primeros trabajos genealógicos sobre determinadas prácticas humanas, hemos observado que este tipo de investigaciones abren dimensiones insospechadas acerca de la clase de sujetos sociales que las generaron. Las genealogías, de este modo, nos permiten articular, mejor que ninguna otra forma de investigación, preguntas acerca de ciertos silencios adheridos a las prácticas mismas. Por ello, una de las posibles conclusiones más sugerentes y originales que emergen de este tipo de trabajo teórico tiene que ver con la afirmación acerca de *la imposibilidad de ver una relación única entre los sujetos y sus acciones*, como afirma Sergio Pérez en su libro *Palabras de filósofos. Oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*.¹

Palabras de filósofos... sigue esta línea al rastrear los hábitos intelectuales de los sujetos en la Antigüedad, concretamente la de los griegos y los romanos, a partir de un período de transición y del cambio que resultó en el trance de la oralidad hasta la escritura. Así, nos encontramos frente a un libro singular porque, a pesar de ser un texto sobre filósofos, la forma en la que se aborda el tema junto con el trabajo exhaustivo de erudición del autor no pue-

den dar como resultado simplemente un estudio histórico-filosófico acerca de los orígenes de la lectura en voz alta, de la transición del recurso a la oralidad y de la función *social* de la memoria hasta la escritura. El autor ha buscado seguir dichos hábitos de los filósofos a partir de sus comportamientos discursivos y de los argumentos que finalmente constituyeron el material que formó a esos sujetos sociales. Paradójicamente, como en la estructura genealógica de los estudios foucaultianos, lo que resulta más interesante de *Palabras de filósofos...* es la conexión entre los discursos y los silencios de los actores sociales.

La tesis de Sergio Pérez es que la voz y la memoria constituyeron la verdadera personalidad del filósofo antiguo y, además, que el punto culminante del desarrollo de un concepto particular de sujeto culminó con la invención del alfabeto. Quizá hemos dado por supuesto que el mundo occidental ha sido el resultado obvio de algunas contingencias y de otros hechos determinantes, lo que en su conjunto permitió la consolidación de un cierto tipo de forma de vida y de cultura. Esta forma no cuestionada de enfrentarnos con la tradición antigua se ve ahora

desde un marco inquisitivo con el estudio que Sergio Pérez ha desarrollado y es esa su principal cualidad. El autor nos permite hallar una conexión pertinente entre las siguientes cuestiones: ¿qué cosas fueron realmente contingentes y qué otras fueron determinantes para que ocurriera una transición de la oralidad a la escritura? Aquí la trama narrativa de *Palabras de filósofos...* nos permite articular los silencios. Con el trabajo reflexivo allí presentado hallamos la posibilidad de pensar en las determinaciones de ciertas prácticas a partir de un tipo específico de necesidades humanas. Pensar que la filosofía tuvo su origen en una serie de determinaciones nos permite comprender por qué fue Occidente el lugar donde esta transición creó un tipo de institucionalidad en torno a formas de pensamiento privilegiadas dentro de una cultura. En este sentido, a través de *Palabras de filósofos...*, la cultura griega que privilegió la mentalidad analítica puede ser vista desde una perspectiva en relación con la cual hemos de comprender que las cosas podrían haber sido de otra manera y que las contingencias y determinaciones que la llevaron a ser lo que son no fueron sino productos de un cierto tipo de acciones históricas determinadas por unos sujetos específicos.

En este punto, me parece pertinente ilustrar esta forma de abordar los problemas de la institucionalidad de la cultura con otros esfuerzos teóricos que han intentado, desde otros ángulos, una empresa semejante. Los textos de la corriente que se ha dado en llamar post-colonialista, por ejemplo, ilustran ángulos desde los cuales apreciar la cultura occidental que antes no aparecían como obvios. El trabajo de Edward Said, en este sentido, con su ya clásica obra *Orientalism*² puede servirnos para ilustrar mi afirmación. *Orientalism* podría considerarse también inspirado en Foucault. Dicha investigación permitió

ilustrar el proceso a través del cual Occidente llegó a inventarse el concepto de Oriente (y de la identidad oriental) y de cómo esta perspectiva fue un producto de la imaginación más que de la observación. Said, al articular el concepto del otro bajo el rubro de «oriental, supo ver que la forma misma de pensar un objeto construía ya a dicho objeto e ilustraba, además, el silencio de los otros como lo más significativo en una forma específica de construcción del poder occidental.

Otro tipo de trabajos de teóricos post-colonialistas han intentado preguntarse, o incluso responder, el enigma de por qué no podemos hallar un paralelo entre la filosofía occidental y otras filosofías surgidas fuera de Europa. Salir del mismo marco de referencia occidental resulta ya una empresa difícil de lograr, de manera que es posible afirmar que el mismo tipo de preguntas que nos hacemos nos viene determinado por una cierta forma de observar la vida. Es aquí donde las herramientas genealógicas de tipo foucaultiano resultan de gran utilidad, pues se trata de abordar, desde las prácticas en sí mismas, y de trazar con ellas el patrón subyacente que termina produciendo un perfil diferente de los sujetos concretos. Las culturas tienen que poder ser vistas desde estas perspectivas porque sólo a partir de estas dimensiones somos capaces de plantearnos preguntas pertinentes y que no son fácilmente deducibles de un marco de referencia tradicional. Sergio Pérez, en este sentido, es capaz de mostrar cómo la filosofía occidental nació del texto (p. 24) y cómo todo lo que la antecedió permitió articular la idea de la institución filosófica como la actividad analítica más valorada en la cultura occidental.

El mejor ejemplo de este rastreo indirecto lo hallamos en el desarrollo que se hace en *Palabras de filósofos...* de la enigmática figura de Sócrates. Considere-

mos, por ejemplo, lo que afirmaba Hannah Arendt sobre el filósofo griego en *La condición humana*. Allí, Arendt escribe que «aunque sabemos mucho menos de Sócrates, que no escribió una sola línea, que de Platón y Aristóteles», lo paradójico es que «conocemos mucho mejor y más íntimamente quién era, debido a que nos es familiar su historia, que Aristóteles, por ejemplo, sobre cuyas opiniones estamos mucho mejor informados».³ Sergio Pérez prueba que la afirmación de Arendt sólo es coherente si consideramos a Sócrates a partir de su silencio, de su rechazo mismo a la práctica de escribir. El autor también muestra que existe una relación fundamental entre las ideas éticas de Sócrates y su negativa a escribir. La coherencia presente en esta figura, que declara no saber nada, consiste en que no puede ser atrapado en el acto de afirmar algo que puede quedar como una constatación afirmativa de su sabiduría. Sócrates es, también, la figura emblemática del cambio, y su trabajo filosófico es considerado en *Palabras de filósofos...* como el material que determinó que las prácticas intelectuales se transformaran, tomando una dirección distinta con la escritura. De ahí la posición paradójica de Sócrates: no escribió nada, pero todo lo que hizo condujo a hacer necesaria la escritura para que la filosofía se convirtiera en una actividad de rigor analítico. Se trataba, según Sergio Pérez, de pensar de una cierta forma, de perseguir un cierto tipo de argumento, de sistematizar un cierto tipo de cuestionamiento. Estas necesidades generaron los estilos literarios que hoy conocemos en la filosofía. Sócrates es la figura emblemática del silencio y, sin embargo, rompe los moldes con respecto a las tradiciones previas. Él ya no busca expresarse con términos poéticos ni a partir de figuras míticas, sino, más bien, busca entidades abstractas, sustituyendo las imágenes por conceptos

y creando con ello un método propio, la dialéctica. Sócrates estaba interesado en desarrollar la ética, según nos cuenta la narrativa de *Palabras de filósofos...*, pero la aprecia como el territorio del silencio. Dicho silencio —así no los recuerda constantemente Sergio Pérez a lo largo de su obra— no ha cesado de decirnos cosas desde entonces. La escritura se convierte, tras el esfuerzo socrático, en una práctica necesaria, ya que sin ella era imposible seguir un argumento cuidadosamente y de poder responderlo críticamente. La actividad de la memoria se transforma también, pues ella ahora debe guardar una serie ordenada de argumentos y ya no es posible simplemente aceptar las aportaciones espontáneas de otros, porque ello impediría el feliz curso del propio proceso dialéctico de preguntas y respuestas. El quehacer filosófico que Sócrates intentaba diseñar requería de un vocabulario específico, de una sintaxis, de textos escritos. El diálogo permitía, a su vez, un cierto tipo de conocimiento que suponía la transformación de los otros sujetos en actores activos en el proceso de conocimiento. La idea socrática de establecer la necesidad de un diálogo articulado como enseñanza permite a quien lo escucha convertirse en un activo participante en el debate y, con ello, transformar el papel de la enseñanza filosófica en una tarea crítica. Por tanto, sin debate no hay filosofía. Sergio Pérez nos explica que...

[...] la escritura y la lectura resultan condicionadas por el género literario: el diálogo le pide al lector que abandone una cierta pasividad para asimilar el contenido, a cambio de invitarlo a realizar por sí mismo ese recorrido; el género le permite al autor evadirse tras las palabras atribuidas a otros y, salvo introducirse él mismo en la progresión de la palabra, difícilmente puede hacer de la escritura un medio de expresión personal.⁴

En la narrativa de *Palabras de filósofos...* emerge entonces el papel de Sócrates como crucial para la creación de nuestra idea occidental de filosofía. Su silencio y su esfuerzo por idear un camino propio para lo pensado proporcionaron un sentido a las prácticas intelectuales que sólo cristalizó con la escritura.

Volvamos ahora a pensarnos las prácticas sin los sujetos. Pensemos en lo que suponía una forma de vida que dependía extensamente de la oralidad. Éste era un mundo aristocrático, un mundo donde las figuras privilegiadas eran las de los héroes, las figuras míticas, todas ellas capturadas en los relatos de Homero. Si en este mundo la memoria tenía un lugar privilegiado, el esfuerzo por generar una práctica como la escritura que sirviera a la filosofía supuso un cambio en la definición misma de la tarea de la memoria. De allí que con la escritura comenzaran a aparecer nuevos géneros muy distintos al de la poesía. Primero fueron los diálogos, le siguieron las diatribas, después se abrieron las posibilidades de recuperar la fuerza de lo anecdótico y, finalmente, emergió el género de las biografías. Así, la página se convirtió en el registro visible de las palabras y las tramas que ellas proporcionaron dieron un lugar privilegiado al pensamiento analítico. Con ello, concluye Sergio Pérez, *ganó la batalla la mentalidad analítica*,⁵ la cual sólo volvería a ser cuestionada hasta el siglo XX por Martin Heidegger, quien buscó su reconexión original con la fuerza de la poesía. El autor de este libro sobre las palabras y, también, los silencios de los filósofos explica cómo con el éxito de la práctica de la escritura, *la filosofía y la poesía se separaron*.⁶ Con ella también nuestros hábitos se tornaron silenciosos y, de esta manera, se originó un nuevo tipo de sujeto.

¿Qué otras informaciones podemos extraer de esta conexión entre los hábitos y

las costumbres en relación con los sujetos de la Antigüedad? Pensemos, por ejemplo, en la centralidad de la idea del diálogo, de lo hablado, de la existencia de un mundo público en relación con el cual la presencia física de los otros es fundamental. Esta dimensión de la vida pública griega también ha sido rescatada por Hannah Arendt. La filosofía antigua era una forma de vida y, a pesar de que las escuelas provenían de iniciativas privadas, su actividad principal ocurría en lugares públicos. En tales escuelas se privilegió una forma específica de relación intelectual que ha permeado valorativamente al mundo filosófico conceptual. Las relaciones de amistad y reconocimiento fueron pensadas por estos filósofos como el producto de prácticas que las antecedían. De ahí que la conexión orgánica entre teoría y práctica haya sido sellada en ese momento histórico. El mejor ejemplo de la elaboración conceptual de dichas prácticas la desarrolla Aristóteles. En su obra se aprecia la articulación de las ideas de reconocimiento, virtud, amistad y aún de coherencia ciudadana, y todas ellas revelaron cómo esas ideas fueron el resultado de ciertas prácticas que informaron de nuevos contenidos a un cierto tipo de vida que privilegió esas acciones como valores éticos.⁷

Así, la empresa narrativa que Sergio Pérez nos presenta en *Palabras de filósofos...* permite imaginarnos cómo algo que ha resultado tan obvio para la cultural occidental, la práctica de la filosofía tal y como hoy la conocemos, ha sido más bien un proceso que fue articulado entre cierto tipo específico de necesidades y ciertos actores que cambiaron radicalmente las sendas de la vida social a partir de la feliz unión de técnicas con valores y, también, de valores con formas de vida. El autor ha conseguido mostrarnos, por un lado, que lo que hemos pensado

como el fruto casi natural de la universalización de la escritura fue, de hecho, una muy particular forma de entender lo que debía considerarse como valioso y, por el otro, hacernos conscientes del esfuerzo

que supuso dicha transición histórica donde la figura emblemática, Sócrates, quedó paradójicamente atrapado entre sus nuevas ambiciones analíticas y el silencio al que lo obligó su propia perspectiva ética.

NOTAS

1. Sergio Pérez Cortés, *Palabras de filósofos. Oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*, México, Siglo XXI Editores, p. 14.
2. Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books, 1979.
3. Hannah Arendt, *La condición humana*, trad.

de Ramón Gil Novales e intr. de Manuel Cruz, Barcelona, Paidós, p. 210.

4. Sergio Pérez Cortés, *op. cit.*, p. 47.
5. Cfr. *ibid.*, p. 147.
6. Cfr. *ibid.*, p. 195.
7. Cfr. *ibid.*, p. 119.

LA RISA DE LA MUCHACHA TRACIA Y LA ASTUCIA DE TALES

Enrique Serrano Gómez

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

En su libro *Palabras de filósofos...*, Sergio Pérez condensa una gran cantidad de información con el objetivo de reconstruir la comprensión de la filosofía en el mundo grecolatino. Su propuesta, como él mismo señala, es «desplazar por un momento la atención de los aspectos doctrinales, sistemáticos y argumentativos que normalmente dominan la aproximación» a los textos clásicos, para concentrarla en las palabras, los susurros, que estos escritos dejan oír. Me parece que su objetivo central, al destacar la importancia de la oralidad como medio privilegiado de la actividad filosófica, es desnaturalizar nuestras propias creencias sobre el sentido de esta peculiar actividad teórica.

La organización académica del trabajo filosófico, que caracteriza a nuestras sociedades, ha propiciado que se privilegie la escritura. Sin duda, la profesionaliza-

ción y especialización de la filosofía ha tenido efectos positivos, considérese, por ejemplo, los avances recientes en lógica, la aparición de nuevas ciencias o bien las posibilidades de difusión de ideas más allá de los ámbitos culturales particulares, lo que ha posibilitado recientemente, una globalización de la difusión filosófica. Sin embargo, cuando la filosofía se ve encerrada en los muros académicos, por más amplios que éstos sean, se generan numerosos riesgos. Especialmente existe uno que, aunque no es exclusivo de la filosofía, tiene efectos fatales para ella: me refiero a la pérdida del vínculo entre la filosofía profesional y las otras actividades sociales.

Es cierto que la actividad de los filósofos siempre resultó extraña al resto de los mortales. Recordemos la risa que provoca en la muchacha Tracia la torpeza de Tales